

# RELIQUIAS CELTIBÉRICAS EN TIERRAS ALTAS: DOS FÍBULAS ZOOMORFAS Y UN FRAGMENTO ANCORIFORME

---

EDUARDO ALFARO PEÑA

## 1. Tierras Altas de Soria: una forma singular de identidad serrana

Tierras Altas de Soria es una entidad territorial de creación reciente. Como Mancomunidad integra a las gentes de tres valles del noreste serrano deudores del Ebro, los de Cidacos, Linares y Alhama, más el piedemonte inmediato allende el puerto de Oncala, ya en la cuenca del Duero. Puede decirse incluso que como unidad territorial está todavía en construcción. Desde su formación hace una década al amparo del aliciente económico que suponía la instalación de aerogeneradores, cuajó en estos valles el deseo de unidad para afrontar problemas y necesidades comunes. Es por tanto una institución hija de nuestro tiempo en la que se apoyan los ayuntamientos para cubrir obligaciones a las que difícilmente llegarían por separado; en su seno se mezcla el deseo positivo de integración y fuerza común con la desconfianza y las trabas que abonan los localismos, mi pueblo o mi ayuntamiento frente a los demás socios. Es indudable que los parques eólicos son, si no la razón de ser de esta mancomunidad, sí la chispa que ha favorecido su gestación, y el moderno molino de viento una controvertida señal de identidad que, no les quepa duda, acabará integrada en el paisaje a pesar del choque visual que ha supuesto para los que hemos conocido los altos limpios de estos productos del ingenio humano. Este paisaje en cierto modo ‘industrial’ que acompaña el perfil de los altos serranos complementa y da un toque de modernidad al tradicional de la dehesa dominada por los pastizales con corros de acebos, robles, algún hayedo en las umbrías septentrionales y las más modernas repoblaciones de pinos. En las zonas medias y bajas pasto y monte comparten protagonismo con el cultivo de cereal y alguna huerta en torno a los pueblos que, gracias principalmente a la despoblación, conservan aún con su arquitectura de piedra y el empuje de una vegetación primavera tras primavera desbordante, ambientes serranos más propios de tiempos preindustriales. Si hay un elemento que define y unifica a estos pueblos serranos es su arquitectura de piedra, de tonos oscuros y grises, tomada por los líquenes y rematada en el ocre de los viejos tejados. Si la piedra caracteriza al pueblo, el paisaje humano viene definido por los bancales y el movimiento, cada vez más escaso, del pastor con el rebaño.

Así dicho no parece que Tierras Altas de Soria sea muy diferente de otras comarcas de la Serranía Ibérica. Recorriendo sus pueblos y su tierra no hay grandes sorpresas ni paisajes que sobrecojan pero aún así hay un ‘algo’ que transmite singularidad, sensación de personalidad propia, a esta tierra de cerros, bosques, pastos y barrancos. Una de las causas está, quizás, en la despoblación. Aquí la naturaleza ha doblegado al hombre, ha recuperado terreno, se ha apoderado del paisaje y de la gente, ha devorado a muchos de sus pueblos. Lo que realmente sobrecoge en Tierras Altas es el vacío humano, sus pueblos con dos o tres vecinos sobreviviendo en invierno, sus despoblados. Profundizar en Tierras Altas es meterse en sus ruinas, buscar huertas abandonadas, encontrar corrales perdidos, bancales de paredes caídas, caminos olvidados, toparse con el reto de atravesar un puente hundido... viajar a Tierras Altas es viajar al pasado. Documentar este pasado, aún latente en la memoria de nuestros abuelos, es un reto que nos hemos impuesto, el objetivo de un proyecto cultural para Tierras Altas y para el que se cuenta con la ayuda de las instituciones locales, comarcales y provinciales<sup>1</sup>.

Desde este verano se está trabajando en la documentación etnográfica. Pero el proyecto va más allá de la etnografía, es un proyecto integral de la cultura serrana, de sus raíces ancestrales, del territorio en el que se desenvuelve, un espacio natural privilegiado necesitado de protección, de cuidados, en el que no todo debiera valer para salir adelante. Conocer el espacio y la idiosincrasia de sus gentes supone estudiar las formas de ocupación y de adaptación al mismo por parte de generaciones y generaciones de serranos, de pastores a la postre. El pasto y el rebaño es la principal seña de identidad forjada durante siglos que ha evolucionado en paralelo a las culturas dominantes en las que este grupo humano ha tenido que desenvolverse, la original castreña y celtibérica, los tiempos clientelares romanos, la crisis de la tardoantigüedad, los duros siglos altomedievales, la gestación de la Mesta, el apogeo de las merinas y su trashumancia, la crisis del antiguo régimen y de su orden basado en los privilegios... recorrido vital

---

<sup>1</sup> Nuestro agradecimiento a la Junta de Castilla y León, a la Diputación de Soria, a la Mancomunidad de Tierras Altas, al Ayuntamiento de San Pedro Manrique, al departamento de Prehistoria, Arqueología y Antropología Social de la Universidad de Valladolid y a sus profesores Fernando Romero, Carlos Sanz y Mercedes Cano, a PROYNERSO, al Plan de Dinamización del Producto Turístico de Tierras Altas de Soria, a los cargos públicos y a los técnicos de estas instituciones con los que hemos trabajado. Gracias por el interés y el asesoramiento que nos aportan para que lo que empezó como proyecto de futuro esté más cerca de ser una realidad. Gracias finalmente a la sampedrana Fundación Raimundo del Rincón-Nicolasa Subirán y a su presidente Carlos Martínez Izquierdo por asumir la gestión del presente proyecto.

serrano rematado en más de un siglo de emigraciones tanto a América como, después, a los centros industriales. El resultado ha sido la pérdida de identidad, el vacío de gente y de sus pueblos. La situación actual es crítica, a desmano de todo, principalmente de aquello que la mentalidad contemporánea entiende por desarrollo y calidad de vida, sin apenas infraestructuras, sin gente o solo con viejos que han perdido la esperanza de que sus nietos, nacidos en la ciudad, tomen el relevo de unas tradiciones de las que ellos son el último testigo.

“(El proceso de despoblación y desculturización de la Sierra...) objetivamente supone la extinción de un pueblo, por lo que constituye un proceso equivalente a un auténtico **genocidio**. Este duro término puede utilizarse en un sentido que, aunque el efecto no hubiera sido buscado, el resultado ha sido que la población de esta zona, que constituía un **grupo humano de personalidad cultural e histórica evidente**, en el lapso de una generación se ha visto abocado primero a su dispersión y después a su **extinción cultural y étnica**.”

M. ALMAGRO-GORBEA, 1995, 444<sup>2</sup>



Figura 1. Nacimiento del Cidacos

## 2. Gentes singulares ya desde la Protohistoria

El origen de la cultura pastoril serrana que, agonizante, ha llegado a nuestros días, hay que buscarlo en el primer tercio del I milenio a.C., durante el Bronce Final o inicios de

---

<sup>2</sup> El profesor Almagro subraya la palabra ‘genocidio’, el resto de subrayado es mío.

la Edad del Hierro. Los primeros asentamientos sin duda estables, con vocación de permanencia, son los poblados fortificados contemporáneos de la Cultura Castreña Soriana de la que Tierras Altas participa con yacimientos como *El Castillejo* de Taniñe, aunque más bien parece un territorio periférico o vecino a su núcleo más característico, la horquilla que forma el Duero al norte de Numancia con “el valle” por excelencia en Soria, el de su afluente Tera y el Razón. Queda la duda de que ciertos yacimientos previos, muy extensos y sin preocupaciones defensivas, como los inéditos *El Llano* (Vizmanos), *La Pesquiza* (La Cuesta) o el de la vertiente meridional del *Puerto de Oncala* (Estepa de San Juan) sean ya estables o quizás fruto de repetidas ocupaciones estacionales a lo largo de décadas, incluso siglos, agostaderos de ganado en los que repitieron ocupación verano tras verano sucesivas generaciones del mismo grupo de pastores. Pasado el meridiano del I Milenio a.C. es indudable la penetración de la cultura celtibérica que en estos valles del Ebro soriano viene definida por la organización del poblado al amparo de una torre o castillo precedido de foso que corta un puntal, por la progresiva proliferación del uso del adobe en las construcciones y por la generalización de la cerámica a torno de cocción oxidante. El territorio está ya ocupado íntegra y sistemáticamente por estos castillos emplazados próximos a los mejores terrenos de cereal, las zonas medias. Como hoy el sector más elevado y las zonas bajas más abruptas y embarrancadas, espacios dominados por el bosque, los pastos y eriales, serían aprovechados por el ganado vacuno y ovicaprino.

Estos datos sobre cultura arqueológica (castreña y celtibérica) y económica (predisposición ganadera) de Tierras Altas en poco o nada se diferencian de las de su inmediato entorno meseteño y serrano. Ante la escasez de investigación, y por tanto de datos, la arqueología tradicional asumió para este territorio la inercia marcada por dicho entorno, espacios con pueblos herederos de la tradición Campos de Urnas que étnicamente se asimilaban a los pelendones, gentes célticas que acabarían absorbidas e integradas en el mundo celtibérico.

Los primeros atisbos de una ancestral singularidad de estos valles se remontan cuatro décadas. En los años sesenta del siglo pasado M. L. Albertos llamó la atención sobre la excepcionalidad del nombre indígena *Lesuridantar* que aparecía en una inscripción de Munilla, indudablemente ibérico en un territorio supuestamente céltico. Para explicarlo sugirió la atractiva idea de que en algunos valles recónditos de estas montañas, ante el

empuje celtibérico que desde la Meseta avanzaba hacia el Ebro, pudieron sobrevivir reductos o burbujas de gentes ibéricas o al menos originarias del valle del Ebro. Esta opinión pasó desapercibida, no así la de U. Espinosa que dos décadas después, en su minucioso estudio de la epigrafía comarcal certificó la abundancia de antropónimos ibéricos frente a la ausencia de los célticos: *Agirsenus*, *Oandissen*, *Arancis*... Desde entonces esta singularidad no ha dejado de ser mencionada en los estudios celtibéricos y de la protohistoria reciente meseteña y del valle del Ebro. F. Burillo, J. A. Lorrio, U. Espinosa, J. Gorrochategui, R. Barroso y J. Morín<sup>3</sup>... con mayor o menor firmeza se ha ido cuestionando para Tierras Altas la tradicional filiación pelendona<sup>4</sup>, hablando unos de la *iberización* de estos valles por dicha onomástica ibérica próxima a la del territorio catalán, sugiriendo otros la pertenencia a un pueblo de nombre desconocido por no aparecer en las fuentes, incluso asignando una filiación conocida siempre vinculada a pueblos allende el Ebro: aquitanos, vascones, simplemente íberos... La riqueza onomástica que aportan los últimos hallazgos epigráficos comarcales inciden en estos vínculos: *Onso/us*, *Onse*, *Sesenco*, *Velar—thar*... aunque la situación resulta ya compleja al documentarse también nombres más propios de ambientes célticos como *Balanus* (Taniñe) y *Murranus* (Navabellida).

Para clarificar el pasado más remoto, los orígenes de esta cultura pastoril y serrana que ha tenido continuidad hasta nuestros días, en paralelo a la labor etnográfica se ha elaborado un programa de documentación arqueológica de Tierras Altas. El primer paso, ya iniciado, consiste en analizar las primeras formas de ocupación sistemática del territorio, es decir, los tiempos castreño y romano. Fruto de este trabajo es el conocimiento de algunos materiales metálicos encontrados por lugareños procedentes de yacimientos inmediatos a su pueblo y que han puesto a nuestra disposición<sup>5</sup>. Presentamos aquí tres fibulas características de la llamada cultura del Duero, celtibérica en el más amplio sentido de la palabra, que vienen a incidir en el paso de esta cultura

---

<sup>3</sup> Agradecemos a Rafael Barroso el habernos proporcionado un borrador de este trabajo aún inédito, muy erudito y documentado, que aporta nuevos datos y una lectura de lo más estimulante desde su análisis de las fuentes clásicas y muy especialmente las medievales.

<sup>4</sup> Siendo exactos toda la vertiente del Ebro, los valles de Cidacos, Linares y Alhama, no así la vertiente meridional del puerto de Oncala, ya del Duero, donde se mantendría esta filiación, laderas donde se emplaza *El Castillejo* de Castilfrío de la Sierra, proyección de los yacimientos castreños de la vertiente meridional de los Montes Claros que parecen custodiar los principales accesos a nuestros valles del Ebro.

<sup>5</sup> Nuestro agradecimiento a Javier Romero y a Manuel Lozano por informarnos de estas piezas así como por facilitarnos toda la labor de documentación de las mismas.

por nuestros valles serranos durante su momento más pujante, los últimos cuatro siglos del I milenio a.C. A los tiempos y cultura celtibéricos sobrevivirá una onomástica indígena excepcional, exclusiva de estos valles, la que aparece en las inscripciones funerarias altoimperiales ahora conjugada con nombres latinos, los del idioma de los nuevos tiempos. Lo que no parece presentar a día de hoy muchas dudas es la proximidad lingüística de la mayoría de sus nombres indígenas a los de la llanura aluvial del Ebro o allende el río, sea vasco-aquitana sea ibérica. La razón última de esta cercanía posiblemente sea económica, ganadera por tanto, la necesidad original de compaginar los pastos estivales de nuestros valles con otros de invierno que más de un milenio después sabemos tenían en la extremadura meridional, y que en la génesis de la cultura serrana parecen apuntar al norte, a las zonas bajas de la cuenca del Ebro, por el vínculo onomástico y más que probablemente étnico de nuestras gentes con los elementos no célticos este valle.

### **3. Las fibulas de la Edad del Hierro en Tierras Altas**

J. L. Argente definió la fibula *como aquel objeto metálico cuya función es la sujeción de prendas de vestir*, elemento del vestuario antiguo que ha llegado a nuestros días en lo que conocemos como imperdibles. Lo más común es que se componga de cuatro elementos: cabeza, pie, puente y aguja. El elemento más interesante desde el punto de vista decorativo es el puente, armazón básico que tiene en un extremo la cabeza, donde se engarza el resorte que tensa la aguja, y en el otro el pie con la mortaja, destino de la punta de la aguja que cierra o abre el imperdible para fijarlo o desprenderlo del manto. En la fibula se conjuga la funcionalidad con los recursos ornamentales. La funcionalidad condiciona el tamaño pues no es lo mismo una fibula destinada a sujetar gruesos y pesados mantos de lana para el invierno que la destinada a tejidos y prendas ligeras en zonas o estaciones calurosas. Los recursos ornamentales convierten la pieza en elemento de ostentación y lucimiento con formas y decoraciones que varían en función de la geografía, las tradiciones, las influencias y símbolos culturales, las técnicas metalúrgicas, las modas, etc. Más allá de su evidente aporte de información arqueológica como elemento vinculado al vestido, las características y la calidad de la fibula hacen de ella un potencial elemento de información que remite a una posible condición del individuo, su poder adquisitivo, sus creencias... y del momento y

ambiente en que vivió, se trata de un elemento cronológico y cultural de primer orden cuya evolución y dispersión permite fijar una cronología relativa y el establecimiento de ámbitos culturales comunes o próximos.

Hasta la fecha se conocían en Tierras Altas tres fibulas protohistóricas, las tres localizadas por B. Taracena durante sus actuaciones en los años veinte del siglo pasado: Una fibula de espirales de *El Castillejo* de Castilfrío, una de doble resorte del mismo lugar y una fibula de pie vuelto con botón terminal de Taniñe (fig. 2).<sup>6</sup>

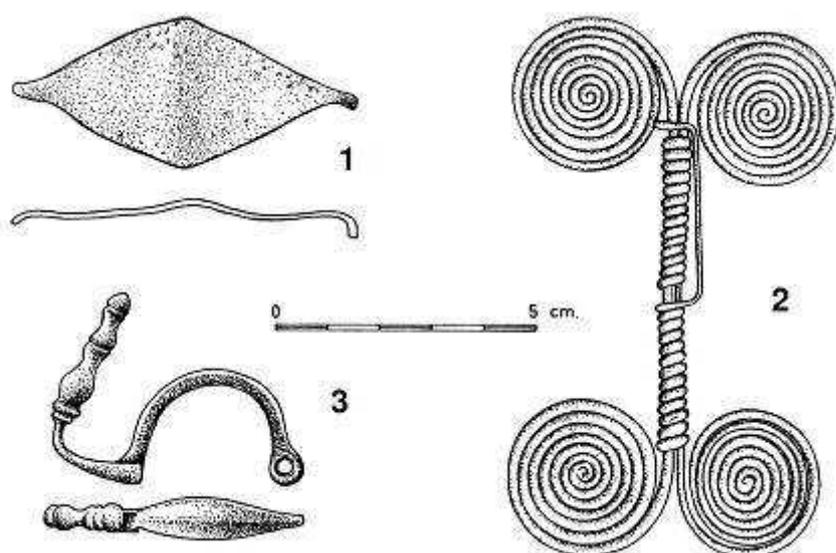


Figura 2. Fibulas de Castilfrío (1 y 2) y Taniñe (3) (Romero 1991: 318, fig. 77).

**1. Fibula de doble resorte de Castilfrío** (modelo 3C de Argente). Se conserva el puente, de forma aplanada romboide y de sección rectangular. Schüle fecha el modelo entre los siglos VII y V a.C., que Argente concreta en el siglo V a.C. en base a lo avanzado de su forma.

<sup>6</sup> Consta en los inventarios de fibulas de caballito (Schüle 1969: 263, taf. 24; Argente 1994: 206; Almagro-Gorbea y Torres 1999: 130) una procedente de Castilfrío de la Sierra que presuntamente apareció en las excavaciones de B. Taracena en *El Castillejo*. Los tres trabajos remiten a la publicación de su memoria en 1929 como única referencia. Taracena nada dice ahí de esta fibula, ni en el apartado de *El Castillejo* de Castilfrío (págs. 15-20), ni aparece en la foto de sus materiales metálicos (lám. II). En esta memoria se publican además otras actuaciones, entre ellas en Langa de Duero donde se da cuenta del hallazgo de una fibula de caballito (pág. 49) con la correspondiente foto (lám. X), curiosamente idéntica a la presunta de Castilfrío de la Sierra. Todo apunta a que se trata de un malentendido que parte de la publicación de Schüle y que ha generado la atribución de una misma fibula a dos lugares, la real (*Las Quintanas* de Langa de Duero) y la ficticia (*El Castillejo* de Castilfrío de la Sierra). Esta más que probable doble asignación de una misma fibula ya fue cuestionada por F. Romero al hablar de los materiales de *El Castillejo* de Castilfrío (1991: 319).

2. *Fíbula espiraliforme de Castilfrío* (modelo 9 de Argente). Este tipo de fíbula es peculiar de la zona oriental de la Meseta. El modelo de Castilfrío consta de cuatro lóbulos, el más sencillo, y está atestiguado en el sur de Soria y en su zona limítrofe de Guadalajara. De clara filiación europea para Argente, Schüle apunta al territorio balcánico como origen de las piezas espiraliformes. Coinciden Argente y Romero en concretar su cronología en el siglo V a. C., posiblemente en su primera mitad.

3. *Fíbula de pie vuelto con botón terminal de Taniñe* (modelo 8A1 de Argente). Se desconoce dónde se localizó, sólo que ingresó en el Museo Celtibérico en 1933 procedente de Taniñe. Argente la adscribe a *El Castillo*, aunque no de forma segura. Pieza de pie prolongado decorado con adornos ovalados y molduras. Argente fecha el modelo entre finales del siglo V y mediados III a.C., Romero la sitúa en la segunda mitad del V a.C. posiblemente en el último cuarto.

Las tres piezas son de un momento antiguo de la Edad del Hierro, e integradas en la Cultura Castreña Soriana que Taracena situó en los siglos VI y IV a.C. Las de Castilfrío proceden de un castro sobre el interfluvio Ebro/Duero, ya en la cuenca del último. De la de Taniñe se desconoce el contexto. En cualquier caso el pueblo y su entorno domina una encrucijada de plena serranía, en el eje que controla la comunicación interna de este sector de la Sierra, donde se cruza una vía pecuaria tradicional que desde el puerto de Oncala se adentra en sus montañas, con la principal ruta interior que comunica transversalmente los valles del Alhama, Linares, y Cidacos conectando sus cabeceras tradicionales de Magaña, San Pedro Manrique y Yanguas.

#### **4. Las tres nuevas fíbulas**

Si las fíbulas anteriores son contemporáneas de la Cultura Castreña Soriana (Hierro I), las que aquí se presentan vienen a ocupar el vacío que en Tierras Altas se tenía para el Hierro II, el momento de apogeo de la Cultura Celtibérica. Se trata de un fragmento de fíbula de áncora y dos zoomorfas, una de caballito y otra en perspectiva cenital (fig. 3), imagen esta a la que la literatura especializada ha prestado cierta atención debido a la intrigante carga simbólica que transmiten.

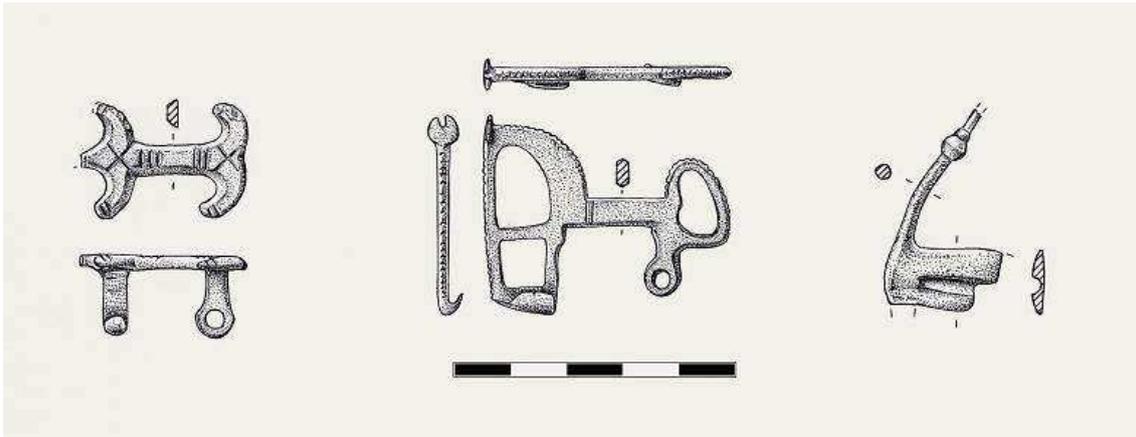


Figura 3. Las tres nuevas fibulas: fibula de zoomorfo en perspectiva cenital, fibula de caballito y fragmento ancoriforme.

El elemento de la fibula que se decora es el puente. Las fibulas zoomorfas presentan un puente con la figura de un animal ejecutado a molde. Schüle las divide en 8 variantes, tantas como animales se representan más la que llama zoomorfa estilizada y la estilizada con anillos colgantes. Una de las ocho variantes es la de caballito o jinete (variante A) y otra la de los cenitales que él llama “de tortuga” (variante F). Argente reduce las variantes zoomorfas a dos, las de caballito/jinete (modelo 8B1), grupo diferenciado por la gran cantidad de representaciones de este animal, y el resto (modelo 8B1.1). La fibula zoomorfa de caballito es un tipo casi exclusivo de la Meseta que alcanza mayor relieve en la zona oriental aunque también aparece en Zaragoza, Navarra, Álava... El resto de zoomorfas es más escaso en número y, éste sí, exclusivo de la Meseta, apareciendo tanto en el área occidental (Ávila y Salamanca) como oriental (Soria y Guadalajara).

#### 4.1 El fragmento ancoriforme (fig. 3)

“(La fibula de ancora...) consta de un eje largo sobre el que se arrolla un sencillo alambre de sección triangular que constituye el muelle. El puente está fundido, encontrándose plano por debajo y aquillado a doble vertiente en su parte superior. El pie presenta forma rectangular, en algunos casos triangular, y plana, con una mortaja que se desarrolla desde su inicio. Termina en un arrollamiento o amplio arco, constituido por la fusión de dos piezas triangulares, lo que Cabré-Morán señalan que *equivaldría a la cruz del ancla*. El arrollamiento del pie lleva insertadas en sus extremos varias pequeñas cuentas de bronce, con un valor puramente ornamental (...).”

ARGENTE 1994: 64

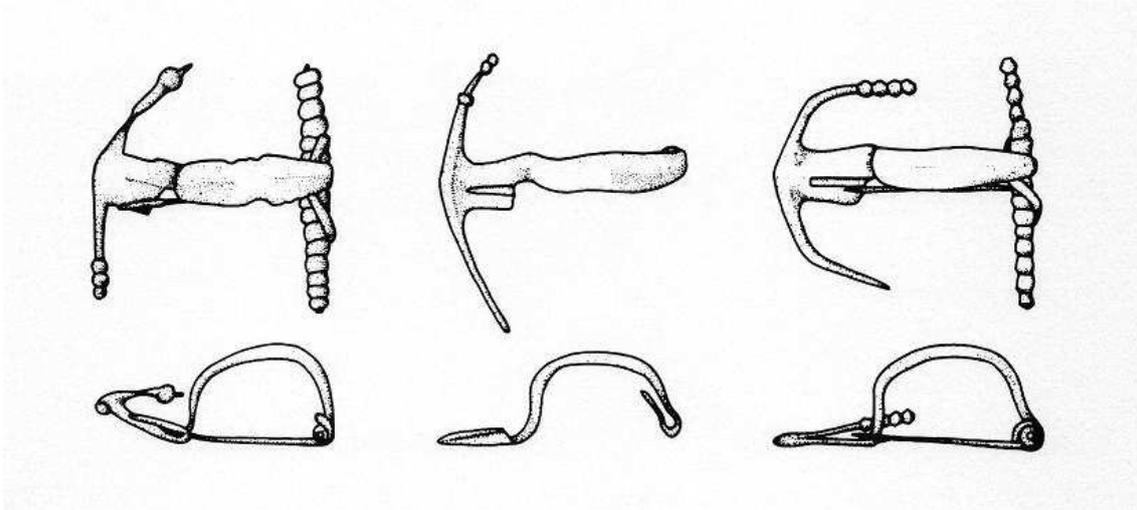


Figura 4. Ejemplares de fibula de áncora de la necrópolis de Alpanseque, Soria, siglo IV a.C. (Argente 1994: 193, fig. 22).

Descripción: Fragmento de puente en bronce. Se ha perdido la aguja, el resorte y la parte semicircular del puente, conservando de este el pie con la mortaja y uno de los dos brazos contrapuestos, el derecho. El pie es largo y ancho, de sección triangular, que incluye en su mitad izquierda –respecto al ancho– la mortaja en forma de acanaladura bastante profunda. El brazo se vuelve unos 60°, tiene sección circular y conserva una esferita en su cuerpo. No sabemos como finalizaba pues el remate se ha perdido. Longitud del pie 20 mm, ancho del pie 11 mm, longitud conservada del brazo 26 mm.

Localización: Procede de *El Castillo de Rabanera*, en Ventosa de San Pedro (fig. 5). Según Javier Romero, vecino del pueblo y depositario de la pieza, se localizó en el rellano que cierra el castillo de época celtibérica antes de caer hacia el río Ventosa, zona donde se ven en superficie fragmentos de cerámica romana tardía y, sobre todo, abundantes restos de cerámica celtibérica, algún fragmento a mano, piedras de moler barquiformes y trozos de adobe. Con estos indicios el contexto más probable para la pieza es un área de habitación al amparo del castillo.

Según Argente este tipo de fibula es un desarrollo hispano que evoluciona a partir de la fibula de bucle. Sus formas más arcaicas se aprecian en piezas de Cortes de Navarra (tipos 5A y 5B de Argente) y finaliza en el modelo llamado Meseta (5C) cuya dispersión se reduce a yacimientos del sur de Soria y norte de Guadalajara (fig. 4), localización que coincide con la de la fibula de espirales de Castilfrío, cronológicamente algo más antigua. Cabré y Moran proponen el siglo IV a.C. como el momento de

dispersión de estas fibulas, cronología que confirma Argente para el tipo Meseta, el más avanzado, concretamente entre los años 400-325 a.C.



Figura 5. *El Castillo de Rabanera.*

#### 4.2 La fibula de caballito (figs. 3 y 6)

Descripción: Puente de fibula en bronce. Faltan la aguja y el resorte. Forma estilizada y de tamaño más bien pequeño. Cuerpo y cuello de lados paralelos, pie unido a la cabeza y el pecho, cola unida al corvejón y conjunto de las dos orejas circular partido arriba para darles forma. Se decoró con incisiones paralelas el frente –desde las orejas hasta el pie–, la crin y el perfil exterior del rabo. En el lomo se dibujaron dos trazos transversales y paralelos entre sí, a ambos lados. Longitud del puente 17 mm, altura del puente 16 mm, longitud del pie 9 mm, altura de la prolongación del pie 30 mm. Longitud máxima 43 mm, altura máxima 34 mm.

Localización: También procede de *El Castillo de Rabanera*, en Ventosa de San Pedro (fig. 5) y su contexto es el mismo, el área meridional de habitación que está protegida por el castillo. Almagro-Gorbea y Torres remiten a las reiteradas menciones de César a los caballeros galos, la aristocracia local que vivía dispersa en sus castillos rurales, cuyo territorio explotaban y que eran controlados desde su ciudad u *oppidum*. Este poblado central, posiblemente la capital del valle del Alto Linares en época celtibérica avanzada y que alcanzó su mayor desarrollo en época Altoimperial, es el de *Los Casares* de San Pedro Manrique (fig. 7), *oppidum* situado a 4 kms al este de *El Castillo de Rabanera*.



Figura 6. Fíbula de caballito de *El Castillo de Rabanera*.

El inventario de fibulas de caballito se aproxima en la actualidad a los dos centenares. Para Argente es una forma particular de la fíbula La Tène, que tiene su origen en Centroeuropa desde donde se extendió por buena parte del continente. En la Meseta la fíbula de La Tène da lugar a tipos propios, entre ellos las zoomorfas y muy especialmente las de caballito, modelo que es en su parte oriental donde alcanza su mayor desarrollo. M. Almagro-Gorbea y M. Torres defienden su origen autóctono, es un producto local ligado al prestigio, aunque sin dejar de reconocer cierto fondo cultural común, el céltico. En definitiva se trata de un elemento cultural propiamente celtibérico que aparece también por su área de influencia. Las cronologías propuestas para este tipo de fíbula se han ido rebajando en paralelo a la profundización en su estudio. Desde el siglo VI a.C. que propuso Schüle, el arco que va entre finales del siglo IV y parte del siglo II a.C. de Argente, hasta la más reciente de Almagro-Gorbea y Torres que afirman que no aparece antes del siglo III a.C., alcanza un fuerte desarrollo en el siglo II y finaliza en el siglo I a.C., en época sertoriana o poco después.



Figura 7. El *oppidum* de *Los Casares*: recreación ideal a partir de fotografía aérea.

Distinguen estos últimos autores nueve tipos diferentes (A, B, C...) más un décimo que incluye las fibulas inclasificables por deterioro o falta de referencias y las de tipología anómala; algunos tipos tienen a su vez variantes (A1, A2, A3...). La fibula de Ventosa es del tipo E2 (fig. 8), al que se define como de piezas *pequeñas y de forma muy estilizada, de cuerpo corto y recto, y cuello ligeramente convergente*. Es una variante muy evolucionada del tipo E casi exclusiva de la Celtiberia oriental donde además es la predominante, la zona concentra el 89% de las piezas. Los tipos más evolucionados, caso del E2, se corresponden con seguridad al siglo II a.C, incluso alcanzaría el I a.C. La semejanza entre las fibulas más estilizadas ha hecho pensar en la existencia de un taller que fabricó estas piezas, el *taller numantino estilizado* o *Celtibérico I* al que atribuyen 16 piezas, mayoritariamente de Numancia, más alguna de Langa de Duero, Lara de los Infantes (Burgos), Arcóbriga (Zaragoza), etc. No es casualidad que la escasísima decoración de la fibula de Ventosa, dos rayas incisas en la grupa, coincida con piezas de este tipo, como la de Arcóbriga y alguna numantina. Más exclusiva es la decoración con incisiones paralelas en crin, rabo y todo el frente que une cabeza y pie. Similar es la llamada crin en “forma de sierra” que aparece en tres ejemplares de Monte Bernorio, Palencia, como nuestras incisiones y las anillas que cuelgan de la crin y la cola en fibulas de caballito más complejas, son recursos decorativos que pretenden reproducir la movilidad e indefinición de estas matas de pelo equinas.

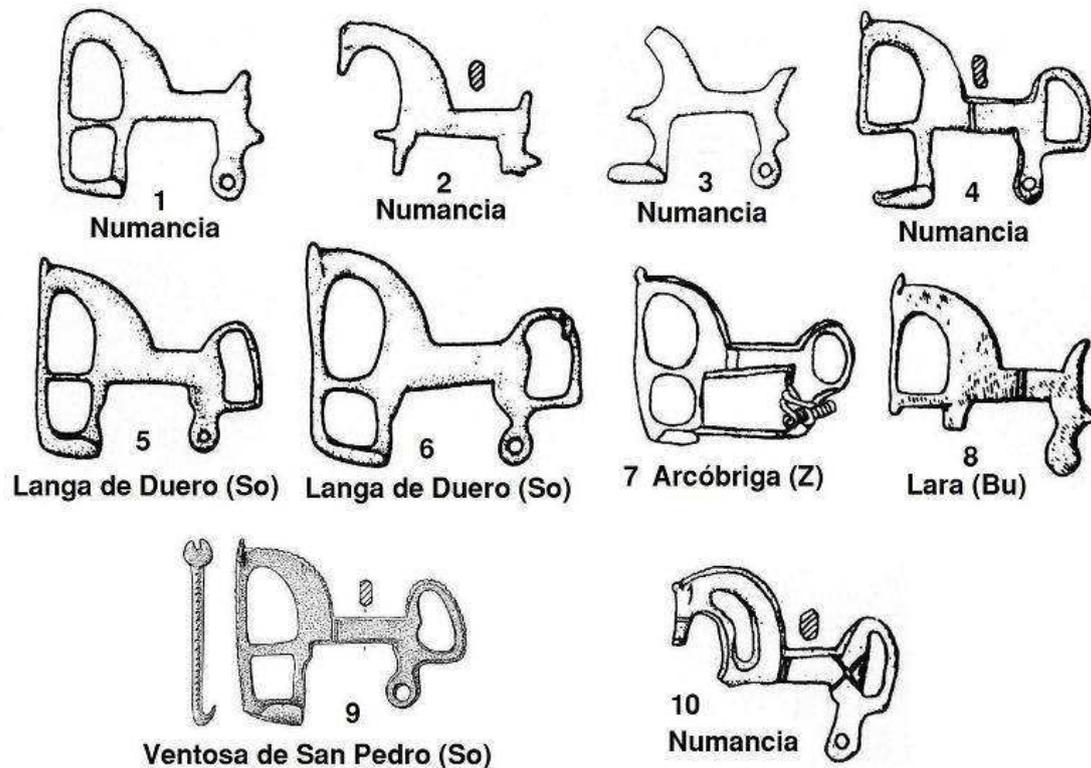


Figura 8. Fibulas de caballito tipo E2 (1-9) y E3 (10) (Almagro-Gorbea y Torres 1999: 201, excepto nº 9).

#### 4.3 La fibula de zoomorfo en perspectiva cenital (figs. 3 y 9)

Descripción: Puente de bronce con la figura de un animal en perspectiva cenital. Faltan la aguja y el resorte. La figura cenital es una forma plana y simétrica con la decoración en la cara superior. Los brazos del puente que rematan en la cabeza y el pie, de sección rectangular próxima a la cuadrada, salen perpendiculares del eje de simetría de la cara inferior del cenital. Este tiene algo deteriorado el final de las extremidades de la mitad derecha y falta la cabeza. Está decorado con dos aspas en la conjunción del cuerpo con los cuartos delantero y trasero. También con líneas paralelas verticales: en el cuerpo tres junto a los cuartos delanteros y otras tres junto a los traseros, dos en cada remate de las extremidades de la izquierda (en las de la derecha no se aprecian al estar dañado el final) y al menos una en el cuello. Longitud del puente 13 mm, altura del puente 12 mm, longitud del pie 4 mm, longitud máxima conservada 28 mm, anchura máxima 21 mm.

Localización: Según su depositario, Manuel Lozano, vecino de La Laguna, apareció en el sector meridional de *El Castillo* de esta aldea (fig. 10), aproximadamente a dos

centenares de metros extramuros, lugar donde no se aprecia en superficie ningún indicio de estructura o material arqueológico. Es claro que su contexto no es el de habitación, ni hay en superficie evidencias de que pudiera localizarse en esta zona la necrópolis de *El Castillo*, por lo que habría que valorar como contexto el extravío o pérdida de la pieza. *El Castillo* de La Laguna es el *oppidum* que centralizó el poder de todo el alto Cidacos en época celtibérica avanzada, capital del territorio que no sobrevive, al menos como tal, al periodo de conquista. Aparentemente fue arrasado en el momento de su mayor apogeo, quizás contemporáneo a las Guerras Celtibéricas o, más probablemente, en algún conflicto posterior, tal vez durante las Guerras Sertorianas.



Figura 9. Zoomorfo en perspectiva cenital de *El Castillo* de La Laguna.

En el inventario de zoomorfos en perspectiva cenital constan como soportes la cerámica, la piedra y los metales, tanto preciosos como hierro y bronce. Como decoración aplicada sobre cerámica se conocen imágenes pintadas (Numancia y Uxama en territorio celtibérico soriano, Padilla de Duero, Coca y Segovia –fig. 14 nº 2– en el valle medio del Duero –territorio vacceo–, y Azaila en territorio ibérico-sedetano); también hay imágenes coroplásticas, en este caso a partir de cordones de barro aplicados al cuerpo de la vasija, en territorio celtibérico (*El Castillejo* de Garray), vacceo (Roa,

Burgos –fig. 14, nº 3– y las *Eras del Bosque*, Palencia), de barro cocido es también el cenital que cubre la tapa de un horno doméstico de la vaccea Pintia, y finalmente un bronce fijado con grapas a la superficie de una vasija en la celtibérica Tiermes. En piedra coinciden los testimonios con estelas funerarias, dos en Lara de los Infantes, en la serranía ibérica burgalesa, territorio asignado tradicionalmente a los turmogos aunque desde hace poco más de una década los importantes restos del entorno de Lara se han asociado con la arévaca Nova Augusta<sup>7</sup>, y la tercera en la necrópolis vaccea de *Las Ruedas* en Padilla de Duero. Podría sumarse un cuarto testimonio procedente de la necrópolis Ubierna (Burgos) este sí en territorio turmódigo (fig. 14, nº 4). En metales preciosos constan dos cenitales, ambos en el extremo noroeste meseteño, uno galaico, en una diadema de San Martín de Oscos y otro astur en un broche del tesoro de Arrabalde. En hierro las tres figuras del pomo de un puñal de la tumba 32 de la necrópolis de *Las Ruedas* (fig. 14, nº 1). Las representaciones en bronce son todas de fíbulas o colgantes, más la *tesera* de la celtibérica Segóbriga y el mencionado aplique sobre cerámica termestina. De un total de siete fíbulas (fig. 11) se conoce la procedencia de cuatro, dos numantinas, una vettona (*Cerro del Berrueco*, Salamanca) más otra de la provincia de Burgos.

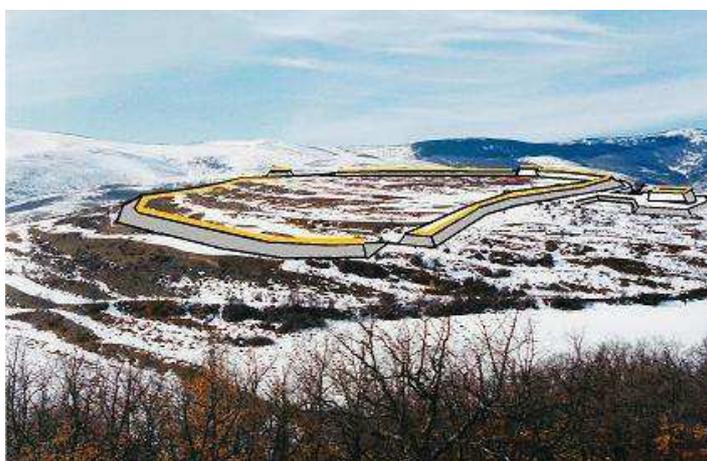


Figura 10. *El Castillo* de La Laguna: recreación ideal del recinto amurallado.

En este tipo de fibula zoomorfa Romero y Sanz ven dos variantes, una definida por dibujarse en el animal el rabo (nº 1-3), la segunda por carecer de él y por ser de cuerpo muy estilizado (nº 5-7). Queda aislada la pieza salmantina (nº 4), sin rabo pero de cuerpo muy ancho y corto. La que aquí presentamos (nº 8) queda incluida sin duda en la

<sup>7</sup> Uno de los seis *oppida* arévacos que menciona Plinio (GIMENO, H., y MAYER, M., 1993: 317ss).

segunda variante compartiendo además decoración (aspas y rayas paralelas) con una de sus piezas, la de Burgos.

La decoración con aspas, aunque escasa, aparece en algunas fíbulas de caballito. En dos casos (Numancia y Palencia) coincide con la grupa, un aspa enmarcada entre rayas paralelas, a modo de silla, un tercero, también de Numancia, del tipo E3 de Almagro-Gorbea y Torres (fig. 8, nº 10) tiene el aspa en la confluencia del cuerpo con los cuartos traseros, una en cada cara, lo que la aproxima mucho a las del cenital de La Laguna. Cuenta también con rayas paralelas en el lomo, la cabeza y el morro. La cronología que se calcula para el tipo E3 es todo el siglo II a.C.

Esta cronología coincide con el arco temporal que se calcula para las representaciones cenitales y, más concretamente, para la mayoría de sus fíbulas. Como todos los elementos materiales característicos de la cultura celtibérica su dispersión sería paralela al apogeo y expansión de esta cultura, a partir del siglo III a.C. Una de las primeras referencias de las imágenes cenitales sería el pomo de Padilla de Duero, fechado a finales del siglo III a.C. o principios del II a.C. (fig. 14, nº 1). Entre las representaciones más tardías estarían las cerámicas pintadas (siglos I a.C.-I d.C), la mayoría posiblemente posteriores a las fíbulas. Para la figura en perspectiva cenital habría que pensar por tanto en su desarrollo durante los siglos II-I a.C., perviviendo el I d.C., siglo éste que no alcanzarían las fíbulas conocidas.

Según F. J. Blanco el origen más probable de estas representaciones como forma plástica sería autóctono, surgido del núcleo celtibérico-vacceo pues esta iconografía es muy escasa tanto allende los Pirineos como en el Mediterráneo; no sería local el trasfondo ideológico, que vincula al mundo de las creencias célticas. Las lecturas han sido múltiples, salvo algún análisis que ve en ciertas pinturas sobre cerámica un sentido exclusivamente ornamental, todos los autores reconocen la indudable carga simbólica, su recreación asociada a las creencias. Como es lógico, a la hora de analizar qué se representa se ha acudido en primer lugar al realismo, a incidir en detalles anatómicos que definan el animal. Pocas dudas hay de que una parte muy importante de representaciones son cánidos, en concreto su versión más fiera, el lobo. La reciente localización del “vaso de los lobos” en Roa (fig. 14, nº 3) ha reafirmado una atribución que ya era la más valorada por características como las fauces abiertas, las orejas

puntiagudas y echadas atrás, las garras... También se han visto batracios, cuadrúpedos... Las opiniones de un realismo más agudo son las que ven una piel de animal extendida y un cánido deglutiendo, entiendo que no definiéndolas como tales si no tratando de explicar la inspiración que pudo generar estas formas. Algunas representaciones (pomo de Padilla de Duero, estela de Lara, vasijas de Segovia y Azaila), incluyen al lobo asociado a una serpiente, reflejo quizás de un mito que une estas dos fuerzas opuestas. Mención aparte merece el cenital de la diadema de San Martín de Oscos donde la figura no da mucha opción a pensar en algo diferente a un batracio.

En definitiva, las representaciones en perspectiva cenital parecen ser una creación plástica autóctona, desarrollada durante al menos tres siglos (II a.C. – I d.C.), vinculada en la mayoría de los testimonios al lobo y a creencias o mitos con él relacionados y que aparece concentrada en los territorios vacceo y celtibérico-meseteño más algún ejemplar disperso por territorios vecinos (vettón, turmogo, astur-galaico e ibérico-sedetano).

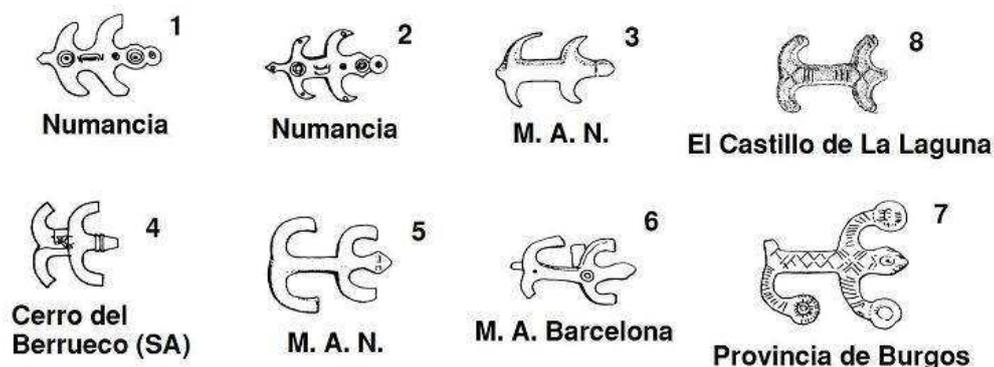


Fig. 11. Fíbulas y/o colgantes con zoomorfo en perspectiva cenital (Romero y Sanz 1992: 470, excepto nº 8)

## 5. Trascendencia social y religiosa: interpretación y reflexiones

“En Iberia hay muchos corzos y caballos salvajes. (Estaban...) adiestrados los caballos en marchar por la montaña y en arrodillarse prontamente a una orden cuando la ocasión lo exigía. (...) los caballos de los celtíberos, que son moteados, cambian de color cuando se trasladan a la Iberia exterior. Dice (Posidonio) que se parecen a los caballos partos, pues son veloces y mejores corredores que los demás.”

Estrabón, *Geografía*, III, 4, 15.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Traducción tomada de su edición en la *Biblioteca Clásica Gredos*, nº 169, 1992.

Citas como la de Estrabón hicieron pensar a J. R. Mélida hace un siglo en la relación entre las fibulas de caballito y la tradición ecuestre hispana, relación que fue sopesada también por C. Sanz Mínguez vinculándola ya a una elite guerrera por su similitud tipológica con los ‘estandartes’ o insignias militares numantinos. Almagro-Gorbea y Torres desarrollarán esta idea. Para estos autores el caballo de las fibulas es utilizado como símbolo e incide en la existencia de elites ecuestres. En el mundo indoeuropeo el caballo se vincula a creencias místicas como la iniciación, a creencias funerarias como la heroización del difunto –muy extendidas por ejemplo entre la elite militar ecuestre romana, los llamados *equites singulares*, ‘los caballeros excepcionales’–, y desde un punto de vista social es, sin duda, un animal de prestigio. Parece ser que es en torno al siglo V a.C. cuando se generaliza la figura del jinete o caballero en el ámbito ibérico y celtibérico, acabando por conformarse una elite ecuestre en torno a los *oppida* en los últimos siglos antes del cambio de Era, siglos en los que jugarían un papel social clave gracias a las Guerras Púnicas, al proceso de conquista y a la Guerra Civil, ambiente político-militar muy favorable. Esta elite sería la base social y política en torno a la que giró la organización de los *oppida*, una aristocracia guerrera que, en paralelo al proceso de conquista, sería atraída por el ejército romano en el que acabaría sirviendo, convirtiéndose en el primer componente indígena romanizado y en el principal sujeto romanizador.

Como apuntan Almagro-Gorbea y Torres incide en el poder de esta aristocracia ecuestre la coincidencia en tiempo y espacio de la fibula de caballito con la figura del jinete de la moneda hispánica (fig. 12), *ambos elementos responden al mismo fondo ideológico y al mismo contexto social*. El jinete de las monedas y la fibula de caballito son creaciones locales que responden a una realidad local, el poder de la elite militar ecuestre en las ciudades y los *oppida* de los íberos septentrionales y los celtíberos, en sus castillos, en su territorio. El jinete y la cabeza varonil a la que se asocia son elementos genuinos de estos centros emisores de moneda, reflejo de su importancia social e ideológica, del prestigio de esta figura en su territorio. Si se añade a lo dicho la relación entre la fibula de caballito y los estandartes numantinos, la función de estas fibulas sería indicar la pertenencia de quien lo porta a un colectivo privilegiado, el de los *equites*, la aristocracia militar ecuestre, la principal fuerza social y política de los *oppida*.



Figura 12. Denario de *Arsaos* localizado en Ventosa de San Pedro: Jinete con *bipenne*.<sup>9</sup> Para L. Villalonga *Arsaos* es una ceca del grupo pirenaico próxima al entorno de los Vascones. Parece que estas emisiones son fruto de las guerras de conquista, alcanzando especial proliferación desde las Guerras Celtibéricas. Ante la escasez de numerario la Republica Romana pagaba a las tropas de sus aliados indígenas con la plata de estas cecas ibéricas.

Esta elite gentilicia habría sido el motor de la colonización celtibérica y las fibulas de caballito un indicio de sus movimientos. Ejemplifican Almagro-Gorbea y Torres esta idea con la fibula de jinete aparecida en un *castellum* del valle del Ebro, el de Herrera de los Navarros, Zaragoza; se especula con que la pieza pueda ser de procedencia soriana, y su localización en una *casa de elite* del castillo un vínculo con los señores del lugar, la aristocracia ecuestre celtibérica emplazada en poblados fortificados desde donde controlarían el elemento de riqueza por excelencia en el mundo antiguo, el ganado, y por ende sus principales rutas. Llevada esta hipótesis a nuestros valles, la elite militar ecuestre celtibérica habría sido el agente ‘celtiberizador’ y la motivación el interés por controlar el ganado y sus rutas, una ‘celtiberización’ evidente en buena parte de la cultura material de nuestros valles serranos, pero a la postre una colonización cultural celtibérica limitada o restringida ya que no fue lo suficientemente fuerte como para desplazar a una onomástica indígena no céltica que sobrevivió hasta bien entrado el Imperio. Por lo tanto no puede pensarse para Tierras Altas en desplazamientos de población y contextos interétnicos tras un inicial control militar del territorio por estas elites. Más allá de un importante grado de ‘celtiberización’ cultural, social o política –el signo de los tiempos en el interior de la mitad norte peninsular–, el principal componente étnico que sobrevive en Tierras Altas al cambio de Era no es céltico.

En definitiva, las fíbulas de jinete y caballito parecen corresponder a las elites ecuestres rectoras de castros y *oppida*, y confirman la importancia de la condición ecuestre en las mismas apuntando a que pudo ser un objeto diferenciador, de ostentación como clase, de nivel social.

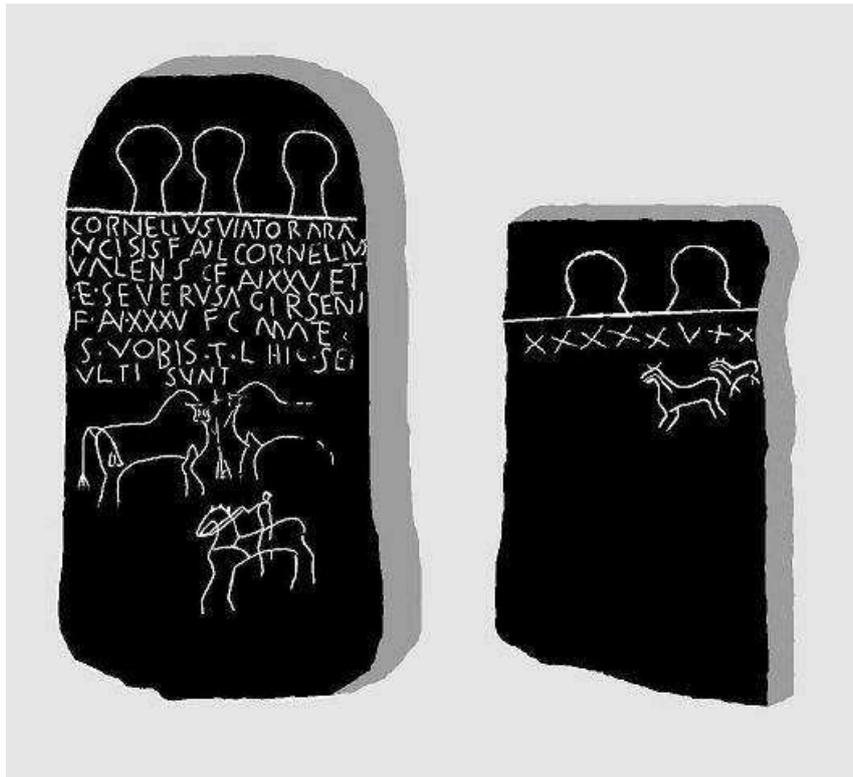


Figura 13. Estelas triple y anónima de Vizmanos: Jinete y caballos corriendo con riendas pero sin jinete.

Cien jinetes fue lo que exigió Marcelo a Nertóbriga para sellar el pacto que habían establecido; eran tanto un refuerzo para su contingente de caballería como rehenes que condicionasen un posible comportamiento hostil con Roma. Como cuenta Apiano en el mismo episodio, la piel de lobo que se enfundaba el heraldo nertobrigense que acudió ante Marcelo tenía mucho de simbólica, sea por el colectivo al que representaba sea por la actitud con que se presentó ante el general romano, pues tras haberse establecido el citado pacto entre Nertóbriga y Marcelo, algunos jinetes de esta ciudad habían atacado la retaguardia romana, con la consiguiente reacción agresiva del ejército romano:

<sup>9</sup> Pieza de la que es depositario Javier Romero, como las dos fíbulas de Ventosa de San Pedro, y de la que próximamente presentaremos un estudio junto con el resto del numerario antiguo inventariado en la zona.

“Los nertobrigenses, al ser conducidas contra ellos máquinas de asalto y plataformas, enviaron un heraldo revestido de una piel de lobo en lugar del bastón de heraldo y solicitaron el perdón.”

Apiano, *Historia Romana. Sobre Iberia*, 48.<sup>10</sup>

Decíamos atrás que una de las interpretaciones más realistas que tienen las representaciones en perspectiva cenital y que pudo inspirar su plástica es la de ver una piel de animal extendida (Almagro, Blanco), y la lectura con la que ya pocos discrepan es la de identificar buena parte de las representaciones con el lobo (Romero, Sanz, Blanco, Abarquero, etc.). Piel de lobo, el objeto y el animal simbólico con que se cubre el heraldo de Nertóbriga para pedir perdón.

La figura de zoomorfo en perspectiva cenital está atestiguada y directamente vinculada a aspectos vitales humanos como el funerario (estelas), el doméstico y económico (tapa de horno, gran vasija de almacenaje, cerámica en general), las relaciones sociales (*tesera*), el armamento (puñal), objetos vinculados al vestido y el adorno personal (broche, diadema, fibulas y colgantes)... además del valor añadido, en lo sustancial simbólico o ritual que toman muchas de las piezas por el contexto en que aparecen o por las particularidades del propio soporte (contexto necropolitano, copa ritual o pebetero de Garray...) más el valor intrínseco del material, la riqueza (metales preciosos).

Todos los autores que han afrontado el estudio de estos cenitales coinciden en que es un elemento simbólico, representaciones indígenas con fuertes connotaciones socio-religiosas vinculadas a creencias incluidas en el *patrimonio ideológico céltico*. Superada parece la idea de asociar esta imagen con Cernunnos, especialmente tras la identificación de la figura de un vaso numantino con un *cánido que irradia ferocidad* en vez de asociarla a este dios celta. La casi general opinión de que se trata en muchos casos de lobos ha abierto el camino para intentar penetrar en lo que trasciende a estas imágenes, en lo que pudieron significar para los hombres que las crearon. El lobo siempre ha tenido un importante peso en el mundo rural, máxime si es ganadero, y sin duda también lo tuvo en el imaginario simbólico hispano antiguo. Tanto en la Antigüedad como hasta su casi extinción ha sido la fiera peninsular por excelencia, la más temida, salvaje, feroz y astuta. En la Antigüedad es frecuente su presencia el ritos

---

<sup>10</sup> Traducción tomada de su edición en la *Biblioteca Clásica Gredos*, nº 34, 1980.

de iniciación, también se le ha asociado a cofradías de guerreros, a la muerte en sí misma, a la resurrección, al tránsito al más allá, al liderazgo por el dominio que ejerce un individuo sobre la manada... Ante toda esta carga simbólica la investigación se ha planteado si el lobo se queda en eso, en símbolo de determinados valores o fuerzas de la naturaleza y la vida, símbolo que pudo condicionar en mayor o menor medida a la sociedad o a determinado colectivo, al que se acude como protector colocado en un bien, que se porta en el cuerpo sea como talismán sea como elemento de ostentación de grupo... o tiene aún más valor añadido, estar asociado a una deidad, ser su imagen.

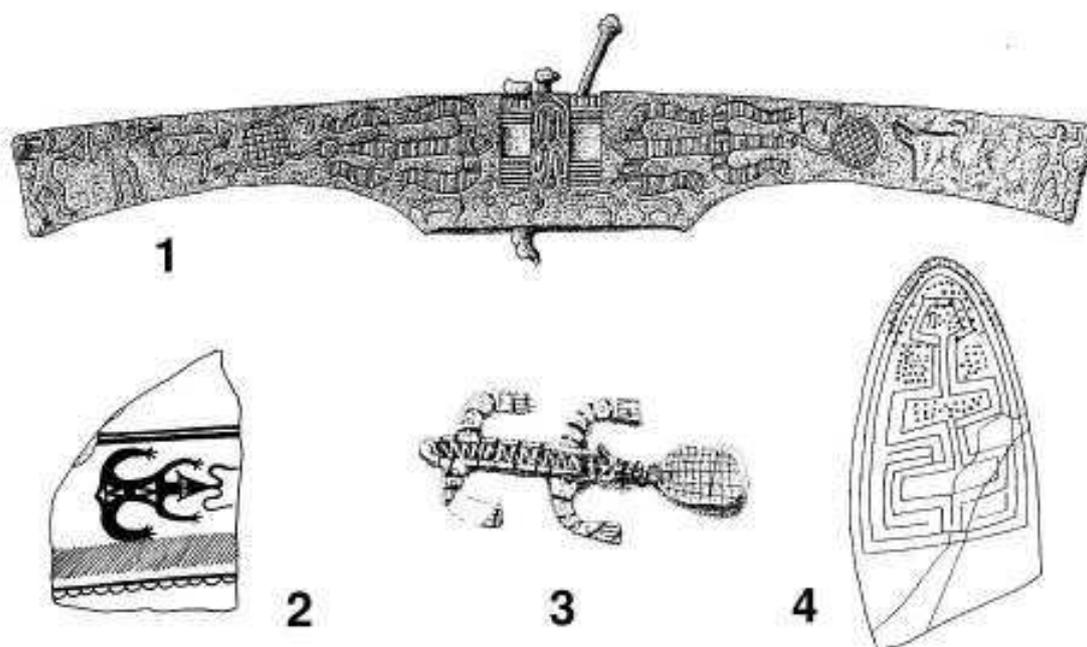


Fig. 14. Zoomorfos en perspectiva cenital: 1. Pomo de puñal, necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Sanz Mínguez 1997: 86 fig. 77); 2. Cerámica de Segovia (Ortega y González 1975: 24, fig. 5); 3. Cerámica de Roa (Abarquero 2007: 190, fig. 2); 4. Estela de Ubierna (Abásolo y Ruiz 1979: 180, fig. 4).

Hay autores que interpretan que esta figura puede ser símbolo de una divinidad, aunque no necesariamente la divinidad misma. J. Abarquero lo ejemplifica con la cruz, signo vinculado a una religión, a Dios, pero no es Él, es su símbolo y es polivalente, colocado como referencia de una fe con tantos matices como contextos, muchos de ellos dispares como un cementerio, una medalla, una túnica, una campana o la pared del dormitorio o de clase. G. Sopenña ya relacionó al lobo con *Sucellus*, dios céltico del panteón galo que es representado con una piel de lobo cubriéndole hombros y cabeza, como el heraldo nertobrigense. Blanco y Abarquero inciden en esta idea y apuntan a una posible relación de *Sucellus* con la imagen cenital meseteña. No hay mención a este dios en la península ibérica, sí frecuentes referencias al lobo como imagen que trasciende al animal en sí, la

repetida del emisario de Nertóbriga, estelas, antropónimos, etnónimos... y sobre todo la mención a dos deidades, quizás una misma que toma dos nombres, *Endovelico* entre los lusitanos y *Vaelico* entre los vettones. La raíz de ambos, \*uailos, se traduce en céltico por ‘lobo’. Se piensa que en Postoloboso (El Raso de Candelada, Ávila) –nótese que en el topónimo participa la palabra ‘lobo’–, donde han aparecido una veintena de aras dedicadas a *Vaelico*, pudo haber un santuario a este dios aparentemente cercano al galo *Sucellus*. En definitiva, puestos a pensar en una hipotética relación de los cenitales con una deidad propia del espacio donde aparecen, la Meseta, los indicios hasta donde alcanza la investigación actual apuntarían a este Vélico vettón y su variante lusitana, Endovélico, deidad del panteón céltico hispano que se podría paralelizar con el Sucello galo.

Además de ser símbolo socio-religioso y quizás imagen de una deidad peninsular, se ha especulado con la idea de que en alguna de estas representaciones se está recreando un mito, un mito propiamente celtibérico-vacceo, en concreto en aquellos cenitales en los que participa una serpiente y en los que aparece también la representación de una forma que por su aspecto se ha llamado pan, torta, pastilla... (fig. 14, nº 1-3). Son representaciones mixtas en las que cenital y sierpe interpretan una acción con mensaje, quizás contraponiendo los dos mundos que representan y de los que trasciende o en los que se sugiere por el contexto a veces funerario, un vínculo con la profundidad de la tierra, con el tránsito al más allá.

Como balance de lo dicho a propósito de estos cenitales poco es lo que puede afirmarse, sí su valor como símbolo socio-religioso parece ser que inspirado en la percepción antigua del lobo, que pudo estar asociado a una deidad y que en ocasiones se enriquece con lo que aparenta ser la narración de un mito en el que participa una serpiente y una enigmática forma pseudo circular.

Al margen de las connotaciones sociales (elites militares ecuestres) y religiosas (creencias y mitos vinculados al lobo) que, con fundamento, se pueden sospechar tras el repaso a las lecturas que estos objetos y figuras han suscitado, estas tres nuevas fíbulas orientan sobre vínculos y atracciones, sobre la influencia de la cultura celtibérica en estos valles montañosos del interior serrano durante los siglos previos al cambio de Era. La paradoja en Tierras Altas está en que la población indígena local de cierto nivel

adquisitivo de época altoimperial, es decir, la que aparece en las estelas funerarias y aras latinas, la heredera genética de los tiempos prerromanos, es una población indígena con nombres, además de no célticos, exclusivos de la zona; aparentemente son gentes muy aferradas al territorio. Las lecturas que se han dado para justificarlo ya se expusieron. Un importante grado de ‘celtiberización’ es más que probable entre otras cosas por la generalización de su cultura material, como estas tres fibulas. Una ‘iberización’ tardía también se ha propuesto. Habría que valorar igualmente una ancestral raíz étnica vinculada a los primeros asentamientos estables, gentes aferradas a unos valles de montaña muy válidos para mantener durante el estío la riqueza por excelencia en el mundo antiguo, el ganado, pero en los que no es fácil subsistir si no se conoce y se está adaptado a su espacio por su duro clima invernal y por su complicada geografía. Esta es quizás la causa por la que consiguieron mantener el control de sus valles por encima de los avatares y movimientos humanos en que se vio envuelta la Península en los siglos previos al cambio de Era. Este sector de la Serranía Ibérica participa tanto de la Meseta como del valle del Ebro, y sus gentes han oscilado hacia uno u otro lado en función de la pujanza de uno de los polos, vínculo que estaría relacionado con la salvaguarda de sus intereses, principalmente el mantenimiento de su ganado, que, como es sabido, en esta parte de la Sierra ha conllevado la exigencia de una movilidad cíclica anual, en el último milenio con seguridad hacia la Meseta en paralelo al apogeo de Castilla. Pero en la Antigüedad, desde los orígenes hasta época romana, apuntan al valle del Ebro.

## 6. Bibliografía

ABARQUERO MORAS, F. J., 2007, “Simbolismo cenital en el mundo vacceo a propósito de un recipiente de cerámica de las Eras de San Blas (Roa, Burgos)”, *BSAA arqueología*, LXXII-LXXIII, 183-209.

ABÁSULO ÁLVAREZ, J. A., y RUIZ VÉLEZ, I., 1979, “El conjunto arqueológico de Ubierna. Contribución al estudio de la Edad del Hierro en la Meseta Norte”, *BSAA*, XLV. 168-188.

ALBERTOS FIRMAT, M<sup>a</sup> L., *La Onomástica Personal Primitiva de Hispania Tarraconense y Bética*. 1966.

ALFARO PEÑA, E., 2006, *Castillejos y Villares. Modelos de poblamiento antiguo en el interior del Sistema Ibérico*.

ALMAGRO-GORBEA, M., 1995, “Aproximación paleoetnológica a la Celtiberia meridional: las serranías de Albarracín y Cuenca”, *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre los Celtiberos*. 433-446.

- ALMAGRO-GORBEA, M., y TORRES ORTIZ, M., 1999, *Las Fíbulas de Jinete y de Caballito. Aproximación a las elites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica.*
- ARGENTE OLIVER, J. L., 1994, *Las Fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural.*
- BARROSO, R., y MORÍN, J., en prensa, *Materiales para un estudio de la Villa y Tierras de Yanguas.*
- BLANCO GARCÍA, J. F., 1997, “Zoomorfos celtibéricos en perspectiva cenital. A propósito de los hallazgos de *Cauca* y el castro “Cuesta del Mercado” (Coca, Segovia)”, *Complutum*, 8. 183-203.
- BURILLO MOZOTA, F., 1998: *Los Celtiberos. Etnias y Estados.*
- CABRÉ AGUILÓ, J., 1930, *Excavaciones de Las Cogotas. Cardeñosa (Ávila). I. El Castro. M.J.S.E.A.*, 110.
- CABRÉ DE MORÁN, E., y MORÁN CABRÉ, J. A., 1979, “Ensayo tipológico de las fíbulas de la Meseta con esquema de La Tène en la Meseta Hispánica”, *B.A.E.A.A.*, 11-12. 10-26.
- ESPINOSA RUIZ, U., 1992, “Los castros soriano-riojanos del Sistema Ibérico: nuevas perspectivas”, *II Symposium de Arqueología Soriana. Actas.* 899-913.
- GIMENO, H., y MAYER, M., 1993, “Una propuesta de identificación epigráfica: Lara de los Infantes/Nova Augusta”, *Chiron*, 23.
- LORRIO ALVARADO, A. J., 2007, “Una fíbula simétrica del Museo Arqueológico Municipal de Lorca y las fíbulas lobunas celtibéricas”, *Alberca*, 5. 53-66.
- MORALES HERNÁNDEZ, F., y SANZ ARAGONÉS, A., 1994, “Una copa pebetero de cerámica a mano procedente de ‘Castillejo’ (Garray, Soria)”, *Celtiberia*, 87-88. 253-264.
- ROMERO CARNICERO, F., 1973, “Nuevas aportaciones al estudio de la cerámica numantina”, *Celtiberia*, 45. 37-50.
- ROMERO CARNICERO, F., 1976, *Las Cerámicas Policromas de Numancia.*
- ROMERO CARNICERO, F., 1991, *Los Castros de la Edad del Hierro en el Norte de la Provincia de Soria.*
- ROMERO CARNICERO, F., y SANZ MÍNGUEZ, C., 1992, “Representaciones zoomorfas prerromanas en perspectiva cenital. Iconografía, cronología y dispersión geográfica”, *II Symposium de Arqueología Soriana. Actas.* 453-471.
- SANZ MÍNGUEZ, C., 1997, *Los Vacceos: Cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid).*
- SCHÜLE, W., 1969, *Die Meseta kulturen der Iberischen hallbinsel.*
- SOPEÑA GENZOR, G., 1987, *Dioses, Ética y Ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos.*
- SOPEÑA GENZOR, G., 1995, *Ética y Ritual. Aproximación al estudio de los pueblos celtibéricos.*
- TARACENA AGUIRRE, B., 1929, *Excavaciones en las provincias de Soria y Logroño, M. J. S. E. A.*, 103.
- VILLARONGA, L., 1979, *Numismática Antigua de Hispania. Iniciación a su Estudio.*



Fig. 15. Iglesia de Rabanera. Ruinas de la ermita medieval situada al pie de El Castillo de época celtibérico-romana. Además de yacimiento celtibérico, romano y medieval, en esas paredes se vivieron páginas trágicas de nuestra Guerra Civil reflejadas en la novela histórica de M. A. San Miguel Valduérteles *Desde el Silencio*, la ‘choza del viento’ en su imaginario poético.